

Hay una tradición colectiva, que se transmite antropológicamente y que perfila nuestra idiosincrasia. De ella derivan las culturas. Por mucho que universalicemos el conocimiento, una escritora japonesa y una zaireña –polarizando el ejemplo– jamás interpretarán la realidad de la misma manera. Porque la cultura no es más que un filtro óptico por el que miramos la realidad y la interpretamos. No podemos renunciar a ella ni tampoco es intercambiable. Valga como ejemplo de lo que digo la diferente valoración que merece en oriente y occidente cualquier tipo de exteriorización afectiva en público. Y esta diversidad queda manifiesta en sus respectivas líricas, fuera de épocas, estilos o movimientos.

Pero la tradición que a mí me interesa, incluso por encima de la literaria y letrada, es la tradición de la memoria. Y digo bien; no la memoria de la tradición sino la tradición de la Memoria. Esa tradición existencial que nos hace como fuimos o como soñamos que éramos. Hay en todos nosotros una memoria épica y onírica que se impone, a veces, a la memoria vivencial. Sus recuerdos nos reinventan, nos reinterpretan más allá de la literalidad de nuestras vidas. Nos salvan, en ocasiones, de nuestra propia identidad. De esa Memoria el poeta hace bandera y máscara. Cuando hablamos de intuición poética creo que nos referimos, básicamente, a esa comunión con el recuerdo épico y onírico que supera el ensimismamiento de la memoria vivencial.

Ya Luis Cernuda decía en 1935 que nunca como ahora la sociedad ha reducido la vida a tan estrechos límites. Si viviese hoy no sé yo qué diría. Pero como la sociedad moderna ha decidido prescindir del elemento misterioso inseparable de la vida, es razonable pensar que el poeta se rebele y busque refugio en su peculiar tradición, en la que aún puede sentirse dueño de sí, casi demiurgo de su pasado y de su porvenir; alejado de los dogmas sociales que, sin duda, condicionaron, condicionan y condicionarán su vida.

Cuando el poeta se adentra en su personal tradición mítica se hace, paradójicamente, humilde. ¿Acaso los dogmatismos ideológicos, estéticos y



religiosos no son, en verdad, la mayor demostración de soberbia?

En mi caso, para entrar en el terreno de lo concreto, no puedo negar la evidencia de un espacio mítico. El recuerdo es conocimiento, pero también manipulación de ese conocimiento: conocimiento sesgado. Toda rememoración es reescritura o relectura parcial porque, obviamente, la memoria es selectiva. El tono elegíaco de muchos de mis poemas (tanto de *Palabras Indefensas* como de *Las voces de la sombra*) nace de esa pulsión nostálgica y evocadora que poco tiene que ver con una experiencia vital objetivada, sino con esa otra memoria que es capaz de dignificar el recuerdo arrancándolo de las turbias manos del Tiempo, reductor de la memoria hasta el absurdo de lo verosímil. Porque la fidelidad en el recuerdo –si es posible– es siempre traición extemporánea por puro anacronismo.

Llegados a este punto, espero que con la bondad de ustedes, me gustaría cita a J.R.J en uno de sus aforismos.

“Pensemos que el elogio mayor que un antiguo resucitado pudiese hacer de los nuestro sería *Parece de entonces*”.

No siendo yo un experto en historia de la poesía ni en teoría de la literatura, me atrevo a apuntarles cuáles son los caminos por los que discurre buena parte de la creación poética a finales

de este siglo. Parto de los conocimientos que yo tengo. Es sólo un apunte sin el rigor debido, pues.

Entiendo que después de la generación de los cincuenta entramos en la exacerbación de dos corrientes que no son absolutamente contrarias: la poesía que dicta la imagen y la que se somete a la palabra. La primera se entrega a la metáfora que reorganiza el caos, desarraigando al lector del lenguaje en su sustancialidad comunicativa y demandándole cierta virginidad en la interpretación. Quizá no sea la de interpretar la actividad que se le solicita sino la de predisponerse a la sugerencia para un viaje no pautado, tan emocionante como peligroso pues el lector suele ser poco dado a la aventura. En cierto sentido, se le exige el compromiso de reintuir, devanar el ovillo buscando el cabo originario. El lenguaje se somete a los dictados de la sugerencia y su semántica deja de ser apriorística, preestablecida por el uso. Las palabras ya no “significan”, no encauzan al lector por una senda previamente trazada, simplemente porque el poeta ya casi no es ni el ingeniero de sus propios versos. Ejemplo de esta poesía es Olga Orozco o Ana Becciu, que recogen el testigo del mejor Neruda.

La segunda corriente pretende recuperar el lenguaje no sólo como materia prima sino como piedra preciosa que contiene, en sí misma, la esencia, con todos sus matices, de la poeticidad. El poeta debe eliminar las turbias adherencias que con el tiempo y el mal uso le niegan su natural esplendor. A nadie se le escapa cuánto deben los y las poetas que en esta corriente se integran a Juan Ramón y a la poesía Pura.

... Pero, seguramente, otro momento sea más oportuno que éste para seguir por estos derroteros. No conviene cansar al lector. Mi intención sólo era celebrar mi puesta de largo.



Nota del D.: Esteban Martínez ha estat recentment guardonat amb el Premio Hispanoamericano de Poesía Juan Ramón Jiménez, i a partir d'ara s'incorpora a l'equip de col·laboradors de Quadern. Enhorabona!